

# **El diálogo y la escucha como manifestación del amor por las cosas: el maestro como inspirador**

**Pilar Plaza de la Hoz**

**Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)**

La ponencia cuarta sobre el amor a las cosas ha sido muy inspiradora. Personalmente me gustaría comentar algunos aspectos respecto al triángulo didáctico que nombra el artículo: el educador, el educando y las cosas: la necesidad de un verdadero diálogo entre los tres vértices de ese triángulo. Un diálogo que dice de amor recíproco en el darse y en el recibir (Bonaruga, 2001, p. 10).

Debe haber, cierto es, una forma peculiar de amor entre maestro y aprendiz para que la educación se haga posible, pero lo que los reúne es el amor por la cosa que estudian, ese amor intencionalmente contagiado es definitorio de toda situación educativa.

Hay aspectos esenciales a la educación que no se manifiestan en la relación personal como tal, sino en la atención a lo valioso que se preserva en el acto amoroso de enseñarlo (Thoilliez, Esteban & Reyero, 2022).

Leer este párrafo en la ponencia, me sugería el pensamiento tradicional de que amar no es mirarse uno a otro sino mirar en la misma dirección. Bien, la dirección en el mirar es ese diálogo que en todo acto educativo se produce con las cosas a aprender, un diálogo que se produce recíprocamente entre los tres vértices del triángulo. Y que, si es verdadero, decantará en amor por lo valioso, por lo que se está aprendiendo.

Cuando se trabaja en un colegio se suele hablar de momentos educativos: no tanto de situaciones sino de momentos en los que se produce esa especie de revelación de lo real, y entonces cualquier situación es un buen momento para aprender, porque todo puede ser un punto de partida: ese amor por la realidad hace que las cosas nos interpelen, como las personas, las situaciones, el dolor, la expectación. Pero sólo al dialogar con ellas el aprender se hace humano.

Y ¿cómo se dialoga con las cosas? Hay formas diferentes, pero quizá la más básica, la primaria, la que empleamos sin pensarla desde que el niño empieza a contactar con lo que le rodea, es la manipulación. Y para manipular, necesitamos las manos, tan humanas que

con Polo nos llevan a «advertir que el cuerpo no es un estorbo: el ser con manos no es un alma encerrada en una tumba. La mano es un instrumento y, a la vez, el origen de la misma noción de instrumento» (2007, p. 67).

El aprender y hacer con las manos, el manipular, nos hace más humanos en un aprendizaje dialógico. Según la idea clásica socrática de educar mediante la pregunta-respuesta (el hacer de comadrona y dar a luz la verdad en el alma de los aprendices), las cosas, interpelan, preguntan y hacen que el educando y el educador pongan en marcha la inteligencia de las cosas, la inteligencia aplicada a los asuntos humanos (la *phronesis* de Aristóteles) como culminación de la inteligencia práctica (Marina, 2017, p. 165).

Sin embargo, «como en toda relación que implique amor y un triángulo, nos vamos a encontrar siempre con tensiones (Aldridge, 2019). El caso del triángulo didáctico, con sus tres vértices de estudiante-profesor-contenido no es una excepción» (Thoilliez, Esteban & Reyero, 2022).

Y para que haya una relación sólida y evitar esas tensiones hay que considerar que, de alguna manera el proceso educativo es la primera y más importante forma de diálogo establecido entre los hombres y entre ellos y las cosas que les rodean. Un diálogo que empieza en el mismo momento del nacimiento y que no se interrumpe ni en el momento mismo de la muerte. Pero para dialogar, por su misma definición, es necesario que concurren el acto de invitar y el acto de acoger esa invitación (Bonaruga, 2001).

La invitación como encuentro de dos libertades (educador y educando) es algo exquisitamente humano; pero el encuentro con las cosas dota de sentido esa invitación que, desde su mismidad, nos abre a la realidad (la realidad se compone de cosas interrelacionadas), para acogerla, comprenderla, asumirla, desde ese aspecto tan esencial al ser personal: la apertura (García Hoz, 1987).

Somos seres para la apertura, seres que son capaces de diálogo con el educando y con las cosas que el educando experimenta; personas que ofrecen sabiendo que pueden ser rechazadas. «El verdadero educador es el que da, cuando debe hacerlo de la manera y en el momento debidos. Pero, cuando su ayuda ya no es necesaria, desaparece sin pedir factura, también acepta (con paciencia infinita) no ser comprendido y no llegar a ver los frutos de lo que ha sembrado» (Bonaruga, 2001). Conviene ser como el océano que crea los continentes, retirándose, dejando a la realidad que haga su función reveladora de la verdad.

Ese retirarse, tan eficaz, para dejar a cada uno ser él mismo, es imprescindible en todo diálogo educativo. Y por parte del maestro ese diálogo ha de estar imbuido de un arte ciertamente difícil, pero efficacísimo: el arte de saber escuchar en todos los sentidos de ese triángulo educativo: escucharse a sí mismo, escuchar al educando y escuchar a las cosas que tienen su lenguaje concreto. Sólo de esta forma se puede ser inspiración para otros, como le era Momo, ese amable personaje de la novela de Michael Ende ¿Por qué Momo es un ser maravilloso al que nos gustaría parecernos? (Cualquiera que haya leído la magnífica novela de Michael Ende ha sentido nostalgia de ese tipo de persona o ha deseado de alguna forma llegar a ser así) ¿Qué es lo que la hace tan especial? Momo tenía la rara cualidad de saber escuchar, sabiendo que todo requiere su tiempo, que a cada uno se le revela lo aprendido en el momento oportuno; aprendiendo a dejar hablar a las cosas, que son como una revelación que habla su propio lenguaje. Hacerse a la medida de, sin abdicar de ese mirar con amor lo que se quiere aprender: saber entusiasmar, amar el conocimiento, amar el querer conocer.

El maestro debe emplearse a fondo en este difícil arte de escuchar, quizá más que en lo que habitualmente cree que es más importante, dar información, dar datos. Y escuchar a las personas y a las cosas, intentar un verdadero diálogo con los instrumentos, los recursos, los libros, los conocimientos. Es así como nos encontramos con ese acerbo de humanidad contenida en los clásicos, de los que no debemos olvidarnos en ese encuentro con las cosas. El amor por las cosas, como se expresa en la ponencia, tiene mucho que ver con el amor por los clásicos contenidos en los viejos libros de las viejas bibliotecas. Con ellos establecemos un diálogo que supera espacio y tiempo para adentrarnos en lo común del alma humana. «Los clásicos lo son porque han expresado el alma humana a través de un alma humana concreta: la del héroe de sus obras. Así el personaje de los grandes autores (sea el Cid, Hamlet, Aquiles...) es una caracterización sobresaliente y específica del hombre o de la mujer de cualquier tiempo» (Yepes Stork, 2010, p. 88).

Sólo en los clásicos encontramos el héroe que podemos ser cada uno, sin olvidar que esas características sobresalientes no les hacen ser al margen de la humanidad, de la realidad, sino que nos sumergen en esa realidad y nos hacen desear ser, de una forma más perfecta. Es entonces cuando el diálogo con las personas y las cosas se convierte en amor. Por eso educar es otra manera de decir el verbo amar. «Educar entra en la lógica del amor. Y amar quiere decir siempre, en todos los casos de amor que se puedan imaginar, aprobar, dado que ni se considera el hecho de que, si se comparase el objeto de mi amor, pudiera dejar

de amarlo. Decir “*es bueno que existas*” independientemente de tus cualidades» (Bonaruga, 2001).

Educación es establecer un diálogo en los tres sentidos, siendo consciente de que la profesión de hombre no deja de aprenderse nunca. Y por ello, el acto educativo siempre es al mismo tiempo un acto de aprendizaje en todos los sentidos.

Es el diálogo con las cosas, desde el respeto a su realidad, lo que nos acerca a la sabiduría que según Sternberg (1994) podría definirse como el talento para hacer las preguntas adecuadas y buscar las respuestas más correctas; sería como la poética del vivir.

Enseñar y aprender esa poética del vivir es más complejo que únicamente transmitir conocimientos. «Esta crisis de la escuela tal y como la conocemos quizá no sea un problema de medios y organización, sino de finalidades» (Bellamy, 2014, p 154). Por eso, porque es cuestión de finalidades, es mucho más eficaz encarar con buen ánimo esa poética del vivir que nos hace descubridores e inspiradores del proyecto vital de cada uno.

Como conclusión podríamos decir que por el diálogo y el amor hay que conseguir, que todo lo que rodea al educando (también las cosas) sean un interlocutor dialogante en el proceso educativo. Hacer de las relaciones entre los vértices del triángulo algo inspirador es tarea muy en primera persona del maestro. Ya lo decía Plutarco en su famosa máxima: «Las almas no son vasijas que hay que llenar, sino fuegos que hay que encender». Y en ese inspirar y encender fuegos una clave esencial es el amor por las cosas tanto del educador como del educando.

## Referencias Bibliográficas

- Bellamy, F. X. (2014). *Les déshérités ou l'urgence de transmettre*. Editions Plon
- Bonaruga, P. (2001). *El arte de invitar. El diálogo como estilo educativo*. Eunsa
- Ende, M. (2007). *Momo*. Alfaguara
- García Hoz, V. (1987). *Pedagogía visible y educación invisible: una nueva formación humana*. Rialp
- Marina, J. A. (2017). *Aprender a vivir*. Ariel
- Polo, L. (2007). *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*. Rialp
- Sternberg, R. J. (1994). *La sabiduría. Su naturaleza, orígenes y desarrollo*. Desclèe Brouwer
- Yepes Stork, R. (2010). *Entender el mundo de hoy. Cartas a un joven estudiante*. Rialp